

Varones de ejemplarísima virtud fueron sus maestros y tantos los aprovechamientos del discípulo que llegó á ser el primero entre los alumnos de todas las clases que cursó.

Llegado á la edad en que debía fijar su posición social, uno de sus tíos quiso unirlo en matrimonio con una de sus hijas, más Dios que lo llamaba para más altos fines, moviendo su voluntad, hizo que abrazara el estado eclesiástico, recibiendo los órdenes sagrados de manos del Ilmo. Sr. D. Juan Pérez de la Serna en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. (1)

Los padres jesuitas lo estimaron en alto grado por su virtud y por su sabiduría, invitándolo á que predicara en el templo de la Profesa de México, y uno de ellos, el insigne teólogo Doctor D. Pedro de Ortigosa, aseveraba que *sus conocimientos más parecían ciencia infusa que adquirida en tan pocos años.* (2)

A su vez el Ilmo. Señor de la Serna, oyendo un sermón de nuestro biografiado, no pudo menos que manifestarse sorprendido de la dicción, erudición y sabiduría del orador, afirmando delante de numeroso concurso que aquel sacerdote *sabía y explicaba los sagrados textos por iluminación.*

La humildad del esclarecido señor Cuevas Dávalos le detuvo mucho tiempo sin querer doctorarse, hasta que instado por personas que presentían su destino recibió la borla en sagrada Teología, habiendo sido el acto tan lucido y tanta la ostentación de los numerosos caballeros pertenecientes á la nobleza que asistieron á él, que el Secretario de Escuelas llegó á decir que *no podía hacerse más si se graduara el hijo del rey.*

Nombrado capellán del convento de religiosas de Santa Teresa, la calumnia clavó su venenoso diente en la honra del Sr. Cuevas Dávalos, llegando hasta el extremo de que dudara de su virtud hasta el mismo Ilmo. Señor Manzo y Zúñiga, que ocupaba entonces la Sede Archiepiscopal.

El pacientísimo señor Cuevas Dávalos contestó con el silencio las groseras urdimbres de sus adversarios; como la verdad tarde ó temprano, tiene que aparecer, se hizo la luz, quedando demostrado hasta la evidencia lo injusto de las inculpaciones.

En los días de la gran inundación de la ciudad de México, en el año de 1629, el citado capellán del convento de religiosas de Santa Teresa, en compañía de otro sacerdote, cuyo nombre no hemos podido averiguar, se embarcaba en una canoa, iba á Tacubaya á recoger carne y maíz, volviendo á México con las provisiones que repartía con caridad evangélica entre los pobres.

En el año de 1634, cediendo á los deseos de sus parientes y amigos, se opuso á la Canongía Magistral de la Catedral de Puebla, y cuando se le participó el nombramiento puso la cédula respectiva en manos del Ilmo. Señor Arzobispo Manzo y Zúñiga, para recabar su opinión sobre si debía aceptar ó no el beneficio. El Prelado le contestó en los siguientes honrosísimos términos: "Eso y mucho más merece Vuestra Merced; vaya y tome posesión, que lo que siento es que se me quite la mejor presea de mi Arzobispado".

(1) El señor D. Francisco Sosa consultó varias obras para investigar con exactitud la fecha de la ordenación, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, según el mismo asevera, y sólo conjetura que aproximadamente deba haberse verificado entre los años de 1616 á 1620.

(2) Robles. *Resguardo contra el olvido.* Citado por el señor Sosa.

Translado á Puebla el Sr. Cuevas Dávalos, allí como en México, se dió á conocer desde luego por su celo apostólico, por su amor á los pobres y por su abundancia de conocimientos en las ciencias. Con motivo de sus enfermedades y cansancio propio de la ancianidad, quiso encargarlo del gobierno del Obispado el Ilmo. Sr. Don Gutierre Bernardo de Quiroz; pero él rehusó, temeroso sin duda, de provocar desavenencias entre sus compañeros.

Muerto el Ilmo. Sr. Quiroz, ocupó su lugar el Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, varón preclaro y conocedor oportuno de las aptitudes del Sr. Cuevas Dávalos, á quien hizo su mejor amigo y confidente, uniéndose ambos de tal manera, que no se encontraba diferencia en su modo de pensar y de obrar. Juntos corrieron los mismos peligros y juntos defendieron la propia causa en días angustiosos para la Mitra Angelopolitana. (1)

Cuenta la tradición que cuando el Sr. Cuevas Dávalos salía de maitines llevaba en su coche trescientos ó cuatrocientos pesos para repartirlos á los pobres. Nunca uno de éstos acudió á él sin ser socorrido con munificencia y muchos de ellos se sentaban frecuentemente á su mesa, saliendo de la casa con algún dinero que ponía en sus manos tan generoso y caritativo bienhechor.

En el año de 1642, una peste invadió á la ciudad de Puebla y en todo el curso de la epidemia, el Sr. Cuevas Dávalos asistió personalmente á multitud de enfermos, asilados en un hospital que fundó con sus propios recursos y con los demás que le proporcionó la liberalidad del Prelado.

Contagiado del mal, llegó á creerse que fallecía y entonces fué asistido personalmente por el Ilmo. Sr. Palafox, quien le administró el Sagrado Viático. Al ponerle la Extrema-Unción, se vió que todo su cuerpo estaba lacerado por los cilicios.

Dios guardaba á su predilecto hijo para que hiciera otros bienes sobre la tierra, y por eso es que con asombro y regocijo de todos los habitantes de Puebla, recuperó la salud. Al poco tiempo el Sr. Cuevas Dávalos, fué nombrado primero Arcediano y después Deán de la Catedral de México, tomando posesión de este último cargo el día 23 de Marzo de 1651.

Con motivo de la muerte del Ilmo. Sr. Manzo y Zúñiga, el Arzobispado de esta última ciudad quedaba vacante y era elegido vicario Capitulár el Deán del Cabildo Metropolitano. Fué nombrado Arzobispo el Ilmo. Sr. López de Azcona, quien murió al poco tiempo, y volvió á regir la Iglesia el Sr. Cuevas Dávalos.

En el año de 1655, el Duque de Alburquerque, virrey de México, *en atención á las grandes partes de calidad, virtud, letras y méritos* del Sr. Cuevas Dávalos, lo nombró Cancelario de la Ilustre Universidad, coronándose con esa distinción la carrera del sapientísimo Doctor, próximo ya á recibir, sin que él mismo lo sospechara, la plenitud del sacerdocio.

Como se vé por los apuntamientos anteriores, el Sr. Cuevas Dávalos fué ascendiendo sin saltos rápidos en la gerarquía eclesiástica hasta la edad de 65 años.

Las grandes virtudes y los méritos del Sr. Cuevas Dávalos, en alas de la fama, y traspasando los mares, llegaron á conocimiento del rey Don Felipe IV, quien con motivo de la muerte de Don Fray Diego de Evia y Valdez, le elevó á la dignidad episcopal, presentándolo para la Mitra de Oaxaca.

(1) Refiere el Sr. D. Francisco Sosa en «El Episcopado Mexicano,» que en un intento de asesinato contra el Sr. Palafox, el asesino detuvo el golpe sin que se haya averiguado si lo contuvo la presencia del mismo Sr. Palafox ó la del Sr. Cuevas Dávalos que iba en la misma carroza.

El día 13 del mes de Octubre del año de 1656, fué consagrado por el Ilmo. Señor Arzobispo Sagade Bugueiro. La solemnidad revistió un carácter suntuosísimo, habiendo asistido á ella toda la nobleza del reino, presidida por el Virrey, quien tenía en mucha estima al nuevo Obispo de Antequera.

Preparáronse grandes demostraciones de público agasajo en la ciudad de México para el día en que saliera de ella el santo Obispo; pero éste, con humildad cristiana rehusó los homenajes, lo que no fué obstáculo para que su marcha de la Metrópoli á su sede episcopal, fuese una carrera de triunfos y ovaciones, pues los pueblos del tránsito, tanto del Obispado de Puebla como del de Oaxaca, se esmeraron en demostrarle su adhesión y respetos.

Tomó posesión del gobierno el día 22 de Diciembre de 1656, permaneciendo en él hasta mediados del año de 1664 en que recibió cédula de promoción para el Arzobispado de México, expedida por el Rey Don Carlos II, con motivo de haber quedado vacante el cargo por renuncia del Ilmo. Sr. Osorio de Escobar y Llamas.

Durante el Gobierno del Sr. Cuevas Dávalos en el Obispado de Oaxaca, tuvo lugar una rebelión de muy terribles y sangrientas consecuencias en Tehuantepec, la cual describe extensamente uno de los biógrafos de aquel; (1) en ella los indios sublevados asesinaron al Alcalde Mayor del lugar, el lunes santo del año de 1660, arrastrando su cadáver por las calles, y fué originada por los malos tratamientos que el citado Alcalde daba á los indígenas, sujetándolos á vejaciones, crueldades y á dura esclavitud.

Llegados los hechos á conocimiento del Virrey, éste comisionó al señor Obispo Cuevas Dávalos para que se encargase de la pacificación de Tehuantepec, y así lo hizo S. Ilustrísima, saliendo de Oaxaca para el teatro de los sucesos acompañado únicamente del Arcediano de su Iglesia el Doctor Don Antonio de Cárdenas y Salazar.

Cuenta una tradición que después de muchas fatigas, sintiéndose desfallecido el Prelado de Oaxaca y temeroso de no conseguir la sumisión de los rebeldes, cerca ya de los campos ardientes de Tehuantepec, cuyo mortífero clima pone espanto en cuantas personas extrañas visitan aquella comarca, vaciló en las empresas y quiso regresarse; pero entonces se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, coronado de espinas, chorreando sangre; y le dijo: *Alonso: ¿Qué es lo que pretendes hacer? ¿Cómo quieres dejar á mis ovejas y tuyas sin consuelo? ¿Qué es lo que padeces en comparación de lo que yo padeci por ti? Mirame cual estoy, y considera que de aquí me llevaron al calvario para crucificarme y á ti te premiarán.* (2)

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, confortado el espíritu del virtuoso Prelado de Oaxaca, siguió su camino entrando á Tehuantepec revestido con los paramentos episcopales y que allí los indios, oyendo sus amorosos llamamientos, no sólo depusieron su actitud hostil sino que obedientes y sumisos se sujetaron en todo, á lo que dispuso el enviado de Dios. Hay que advertir que los habitantes de Tehuantepec eran gente aguerrida, belicosa, ejercitada en las armas é implacable en sus venganzas.

Restablecida la paz y sofocadas las discordias, volvió el Sr. Cuevas Dávalos á Oaxaca, dando cuenta de lo acontecido al Virrey, quien, admirado de la pru-

(1) Lic. D. Antonio de Robles, escribió la biografía del Sr. Cuevas Dávalos en el año de 1703.

(2) El señor Sosa cita las palabras subrayadas, tomándolas de la biografía del Sr. Dávalos, escrita por el Lic. Robles.

dencia y eficacia de aquel, le dió las gracias en términos que provocaron desde luego la envidia de muchos. Los actos del Obispo pacificador de Tehuantepec merecieron de tal manera la aprobación del rey que éste le escribió desde Madrid una carta con fecha 2 de Octubre de 1662, manifestándole que confirmaba cuanto había ejecutado y que tendría memoria de sus servicios para promoverlo á mayores empleos.

Como antes decimos, terminó el pontificado del señor Cuevas Dávalos, en Oaxaca, el mes de Julio de 1664, en virtud de haberlo promovido para Arzobispo de México, el rey Don Carlos II, cumpliendo así la real promesa que le hiciera en la carta de 2 de Octubre de 1662. El Arzobispado de México estaba vacante, por renuncia que de él había hecho el Ilmo. Señor Osorio de Escobar y Llamas.

La Diócesis de Oaxaca quedó sumergida en hondísima desolación al separarse del gobierno de la mitra el señor Cuevas Dávalos, quien hizo su solemne entrada á la capital de México el día 2 de Noviembre, siendo recibido con públicas é innumerables manifestaciones de simpatía, las que llegaron á su colmo el día 15 del mismo mes en que tomó posesión del cargo, cuyo acto tuvo un esplendor y una magnificencia inusitados.

El primer Arzobispo natural de México, hubiera hecho mucho en favor de la Iglesia y de la sociedad, pero las dolencias físicas, exacerbadas por el uso frecuente del ayuno y constante de los cilicios, debilitaron al Prelado, quien el día 14 de Agosto de 1665 fué acometido de una *pseudo parálisis*, cuya enfermedad se resolvió con la muerte del Ilmo. Señor, verificada el 2 de Septiembre del mismo año.

Inútil es decir que el duelo fué universal, puesto que todos los círculos sociales y desde los más encumbrados personajes hasta los pobres más humildes, amaban sinceramente al antiguo capellán del convento de religiosas de Santa Teresa, mancillado por la calumnia en los días de su juventud y tenido en olor de santidad al bajar al seno de la madre común, para esperar allí la resurrección de la carne.

Los merecimientos del Señor Cuevas Dávalos pueden comprobarse con varias crónicas y otros escritos de juiciosos biógrafos antiguos y contemporáneos. (1)

(1) Véase lo que dicen Sosa, Arroniz, Eguíara, Florencia, Fr. Baltazar de Medina, Betancourt y Sigüenza